



You have downloaded a document from
RE-BUŚ
repository of the University of Silesia in Katowice

Title: Perspectiva intercultural en los estudios del lenguaje jurídico español

Author: Anna Nowakowska-Głuszak

Citation style: Nowakowska-Głuszak Anna. (2014). Perspectiva intercultural en los estudios del lenguaje jurídico español W: J. Wilk-Racięska, A. Nowakowska-Głuszak, C. Tatoj (red.), “Encuentros entre lenguas, literaturas y culturas de los territorios luso-hispanos : Perspectivas diferentes” (s. 196-221). Katowice : Wydawnictwo Uniwersytetu Śląskiego.



Uznanie autorstwa - Użycie niekomercyjne - Bez utworów zależnych Polska - Licencja ta zezwala na rozpowszechnianie, przedstawianie i wykonywanie utworu jedynie w celach niekomercyjnych oraz pod warunkiem zachowania go w oryginalnej postaci (nie tworzenia utworów zależnych).



UNIwersYTET ŚLĄSKI
W KATOWICACH



Biblioteka
Uniwersytetu Śląskiego



Ministerstwo Nauki
i Szkolnictwa Wyższego

ANNA NOWAKOWSKA-GLUSZAK

Universidad de Silesia

Perspectiva intercultural en los estudios del lenguaje jurídico español

Abstract

The aim of the article is to present the possibilities of how the cultural linguistics perspective can be used in the analysis of legal language. The author concentrates mainly on the notion of the view of world and points out in what way this notion determines language structure. Then the author characterizes the specific area of law as a cultural phenomenon and presents analogies between both systems. Consequently, she develops the notion of legal view of world. According to her, this image determines the specifics of specialized language. This particular view determines also the structure of the language of normative texts and has influence on how this language is related to natural language. It also constitutes an excellent starting point in the field of legal linguistics research.

Keywords

Cultural linguistics, legal norm, Spanish legal texts, article

Introducción

El Derecho es un fenómeno social complejo, multidimensional y relevante que al cumplir una función reguladora, refleja la experiencia del ser humano confrontado con el otro dentro de la sociedad. Esta experiencia se expresa de dos modos: a través del conjunto de las normas jurídicas establecidas dentro de un sistema (la normativa) y del lenguaje

que permite formularlas (el lenguaje jurídico). Los vínculos entre los dos niveles son tan fuertes que a veces resulta muy difícil, por no decir imposible, distinguirlos. Sin embargo, a la hora de investigar los textos del Derecho parece imprescindible responder a la pregunta de si la lengua será tratada solamente como un medio para llegar a lo esencial, o constituirá el objetivo mismo de la reflexión. En el primer caso hablaremos de la perspectiva jurídica y en el segundo, de la filológica.

1. Lenguaje jurídico: definición

1.1. Lenguas de especialidad

El lenguaje jurídico es un fenómeno complejo y multidimensional. Ferdinand de Saussure, en 1945, lo cita entre las “lenguas especiales” que, en su opinión, son lenguas “fomentadas por un avanzado grado de civilización” (1945: 68). Enrique Alcaraz Varó y Brian Hughes, en su estudio del español jurídico, indican que dentro de los estudios universitarios ha surgido hace relativamente poco una especialidad llamada *lenguas de especialidad* (del francés *langues de spécialité*), que se refiere “al lenguaje específico que utilizan algunos profesionales y expertos para transmitir información y para refinar los términos, los conceptos y los saberes ya existentes de una determinada área de conocimiento, matizando el ámbito de su aplicación y modificándolos total o parcialmente” (E. Alcaraz Varó, B. Hughes, 2002: 15). María Teresa Cabré define las lenguas de especialidad (llamadas también *lenguas especializadas*) como “subconjuntos de recursos específicos, lingüísticos y no lingüísticos, discursivos y gramaticales, que se utilizan en situaciones consideradas especializadas por sus condiciones comunicativas” (M.T. Cabré, J. Gómez de Enterría Sánchez, 2006, en: J. Gómez de Enterría Sánchez, 2009: 20).

Las lenguas de especialidad surgen y se desarrollan paralelamente a una disciplina, científica o técnica, y sirven para transmitir conocimientos especializados. Suelen también compartir características comu-

nes, lingüísticas y funcionales, mediante las que se diferencian de la lengua común. Por otro lado, se diferencian entre sí, ya por su inclusión en un ámbito de especialidad determinado (ciencias experimentales, humanas, técnicas, etc.), ya por “su realización en situaciones comunicativas concretas que condicionan su nivel de empleo: especialización, semidivulgación, divulgación, etc.” (J. Gómez de Enterría Sánchez, 2009: 20).

Las lenguas de especialidad suelen también denominarse *lenguas profesionales y académicas*. Son “profesionales” porque, según Enrique Alcaraz Varó y Brian Hughes, las utilizan los expertos en su comunicación diaria, en sus congresos, en sus libros, etc.; y “académicas”, porque “antes de haber sido utilizadas en el ambiente profesional, fueron enseñadas y aprendidas en la Universidad, institución en la que se perciben dos movimientos epistemológicos complementarios: el flujo de información hacia las profesiones y el flujo proveniente de ellas” (E. Alcaraz Varó, B. Hughes, 2002: 15).

Como vemos, las lenguas de especialidad suelen definirse en un contexto de transmisión de conocimientos específicos, comunicación entre profesionales de una disciplina determinada. Como tales, se consideran subordinadas a la lengua común, con la que comparten rasgos de carácter estructural, pero de la que se distinguen por su terminología y fraseología propias, así como por ciertos rasgos sintácticos y funcionales (M.T. Cabré, 1993).

Podemos constatar entonces que las lenguas de especialidad no existen en el vacío; todo lo contrario, están arraigadas en una lengua natural concreta, siendo, hasta cierto punto, determinadas por los mismos factores que esta. Hablaremos entonces del español, polaco o inglés especializado y no de una lengua especializada universal. El universalismo de la lengua especializada se entendería más bien en función del universalismo de la disciplina o ciencia a la que concierna.

2.1. El español jurídico

El español jurídico es una lengua especializada por excelencia. En la literatura del tema suele denominarse también “lenguaje técnico-jurídi-

co” (A. Hernández Gil, 1986: 33), “lenguaje del Derecho” (L.A. Hernández Cuadrado, 2003), “lengua especializada de la Jurisprudencia y la Legislación” (M^a.C. Hénriquez Salido, M^a.N. de Paula, 1998: 177), “lenguaje forense” (J. Bayo Delgado, 2001: 37). Algunos estudiosos distinguen sus diferentes variantes. Por ejemplo, Enrique Alcaraz Varó y Brian Hughes enumeran, como las cuatro más importantes: el legislativo o de los textos legales, el jurisdiccional o de los jueces, el administrativo o de las Administraciones Públicas, y el notarial (2002: 17). Hernando Cuadrado (2003: 11) indica, como básica, la distinción entre el lenguaje normativo y el lenguaje de los juristas. Su propuesta coincide con la tan común división aplicada en la jurilingüística polaca, propuesta en el año 1948 por Bronisław Wróblewski, en *język prawny* (lenguaje normativo) y *język prawniczy* (de los juristas). Maciej Zieliński (1972) habla también de la lengua de las normas jurídicas y la de las disposiciones legales. En nuestro estudio nos enfocaremos en la lengua de los textos legales, o sea, el lenguaje normativo español y con este significado usaremos las denominaciones “lenguaje jurídico”, “lengua del Derecho” o “texto jurídico”.

2. Características del lenguaje jurídico español

Igual que la definición del registro considerado, sus características y, sobre todo, la relación con el lenguaje común provocan muchas confusiones. Generalmente, al describir el lenguaje jurídico, entre sus rasgos básicos se suelen enumerar la terminología y la fraseología especializadas. En las propuestas extremas se niega la existencia del lenguaje jurídico, reduciéndolo a un conjunto de términos especializados (G. Mounin, 1979). Sin embargo, según Enrique Alcaraz Varó y Brian Hughes existen tres parámetros que justifican la existencia del lenguaje en cuestión, que son:

- un vocabulario muy singular;
- unas tendencias sintácticas y estilísticas muy idiosincrásicas;
- los géneros profesionales propios e inconfundibles (2002: 16).

Dichos rasgos, desde la perspectiva de un hablante normal y corriente, hacen el texto jurídico opaco, incomprensible y no natural, por no decir, misterioso (E. Alcaraz Varó, B. Hughes, 2002: 16).

A continuación intentaremos presentar brevemente cada una de las categorías indicadas por los dos autores para tener una visión general sobre cómo en la literatura del tema se describen las propiedades del lenguaje jurídico español.

2.1. Vocabulario especializado

Entre las características indicadas por los autores arriba mencionados, la primera, es decir, la terminología especializada, ocupa el lugar central y, por consiguiente, es el aspecto más analizado en la literatura del tema. Los estudiosos se enfocan tanto en el nivel semántico de las palabras usadas en los textos del Derecho, como en su estructura morfosintáctica.

Las características del léxico especializado suelen explicarse a partir de varios procesos, tanto de naturaleza diacrónica como sincrónica, relacionados con el desarrollo del sistema jurídico español y de la lengua. Intentaremos presentar aquí los más comunes, siguiendo, sobre todo, el estudio de Alcaraz Varó y Hughes (2002).

2.1.1. Latinismos, helenismos y arabismos

Los latinismos, es decir, palabras, giros y expresiones procedentes del latín, demuestran tanto la procedencia del sistema español del Derecho Romano como la de la misma lengua castellana del latín. Según los autores, se puede hablar de dos grandes grupos: los “latinismos crudos”, que se han tomado prestados en su forma original (p.ej. *ab initio* – desde el principio; *ab intestato* – sin testamento; *in dubio pro reo* – presunción de inocencia), y los términos jurídicos derivados del latín (p.ej. abogado de lat. *advocatus*; abolir de lat. *abolere*; usufructo de lat. *usufructus*) (E. Alcaraz Varó, B. Hughes, 2002: 34–35). A veces, los últimos se incorporaron al español a través de otra lengua. Alcaraz Varó y Hughes subrayan también que en este grupo debe incluirse una larga lista de prefijos latinos, tales como *ab-* (abdicar), *dis-* (disculpa) o *ex-* (exhorto).

Los helenismos, por su parte, llegaron al español jurídico o por medio del lenguaje común, o a través del latín, francés o incluso inglés (p.ej. ácrata – ing. *anarchist*; amnistía – ing. *amnesty*; hipoteca – fr. *hypothèque*).

Los arabismos, aunque muy frecuentes en el español común, en el jurídico forman un grupo bastante escaso (ej. alevosía – arab. *al'áyb*; alquiler – arab. *alkirá*) (L.A. Hernando Cuadrado, 2003: 59).

2.1.2. Anglicismos y galicismos

Entre los extranjerismos presentes en el español jurídico dominan los galicismos y los anglicismos. La presencia de los primeros se puede explicar, entre otras cosas, por la influencia del código napoleónico en el sistema español; los segundos son una consecuencia natural de la creciente importancia de la lengua de Shakespeare en el mundo de hoy. Pasan al castellano como préstamos o calcos (arresto – ing. *arrest*; caso, como pleito – ang. *case*; cotizar – fr. *coter*; fuerza mayor – fr. *force majeure*).

2.1.3. Estructura de las unidades léxicas

Entre los procedimientos de formación de las unidades léxicas, como los más frecuentes y particularmente interesantes se enumeran: nominalización y redundancia expresiva léxica.

Enrique Alcaraz Varó y Brian Hughes observan una cierta inclinación del español jurídico a la nominalización, es decir, “transformación que convierte una oración en un sintagma nominal”, o “formación de nombres a partir de una base perteneciente a otra categoría” (2002: 29), gracias a la cual el legislador obtiene una significación más estática. Este procedimiento lo observamos también en los textos jurídicos polacos, en los cuales muchos actos y conductas quedan definidos a partir de su forma nominal (compárese A. Malinowski, 2008: 35).

La mayoría de las nominalizaciones jurídicas españolas se forma con sufijos *-idad*; *-miento*; *-ción*, y muchas veces aparecen con un verbo “vacío” (compárese E. Alcaraz Varó, B. Hughes, 2002: 30), que desde el punto de vista semántico no introduce ninguna información nueva (p.ej. presentar una reclamación – reclamar). Lleva además a menudo

a la relexicación, es decir, “acuñación de conceptos especializados que con frecuencia transportan valores oscuros o misteriosos, a veces mágicos o prodigiosos; es el caso de términos jurídicos tales como ‘ejecutoriar’, ‘desapoderar’” (E. Alcaraz Varó, B. Hughes, 2002: 31).

Otro rasgo interesante del registro en cuestión que señalan los dos autores es la redundancia expresiva léxica, que consiste en colocar una al lado de otra, dos palabras de significado muy aproximado (ej. “expresa y materializa”, “afronta y da respuesta”, etc.) (E. Alcaraz Varó, B. Hughes, 2002: 31). Suelen llamarse también *dobletes* o *parejas*, o *tripletes* o *tríos*, cuando hay tres palabras (ej. “dispersas, oscuras y problemáticas”).

Entre procedimientos de formación de unidades léxicas se pueden denominar también: composición nominal, sufijación y parasíntesis verbal (véase también L.A. Hernando Cuadrado, 2003).

2.1.4. Problemas del significado

El problema del significado de las unidades léxicas es probablemente el más interesante, sobre todo desde el punto de vista de la traducción. Aunque los textos legales indican que la ley debe ser expresada de la manera más clara posible, la falta de comprensibilidad es uno de los problemas claves en el caso de los textos jurídicos. De ahí que no extrañe la pregunta de Lázaro Careter: “según dicen, el desconocimiento [de la ley] no exime de su cumplimiento, pero cómo vamos a cumplirla los profanos en tales saberes si no la entendemos” (2001).

Los problemas provocados por el vocabulario jurídico surgen, entre otras cosas, de una peculiar relación entre la lengua común y el lenguaje jurídico. En función de ella, Enrique Alcaraz Varó y Brian Hughes dividen las unidades léxicas, tanto simples como compuestas, según su grado de especialidad en tres categorías: técnicas, semitécnicas y generales de uso frecuente en los textos del Derecho (2002: 56–63). Añaden también un cuarto grupo: términos técnicos no jurídicos. El primer grupo lo consistuyen los términos *sensu stricto*, de carácter monosémico, unívoco y medular, lo que significa que sin su comprensión resulta difícil comprender la materia que se estudia. El segundo grupo, quizá el más difícil desde el punto de vista del traductor por su poliseμία, lo conforman las palabras del lenguaje común que al haber pasado

al mundo jurídico han cambiado su significado, según los dos autores, en la mayoría de los casos “por extensión del significado mediante el proceso de analogía” (E. Alcaraz Varó, B. Hughes, 2002: 59).

Esta corta introducción nos permite llegar a la conclusión de que el proceso de creación del vocabulario jurídico español está basado en los mismos principios que conciernen a la creación del vocabulario de la lengua común. Dicho de otra manera, el lenguaje jurídico no ha creado mecanismos propios de formación de palabras, sino que muestra cierta preferencia por algunos mecanismos de tipo general (nominalización, afijación, préstamo, etc.). Según Alcaraz Varó y Hughes, esta preferencia se puede explicarla por el gusto, de los juristas, por lo altisonante o lo arcaizante (2002: 24).

2.2. Tendencias sintáctico-estilísticas del español jurídico

Si el análisis del vocabulario especializado ocupa muchas páginas en la literatura del tema, las cuestiones de naturaleza sintáctica parecen cumplir una función secundaria. Los autores cuyos trabajos citamos constatan que el español jurídico también en este nivel representa cierta tendencia hacia lo arcaizante. Una muestra evidente de este hecho lo constituye el uso (o abuso) del futuro imperfecto de subjuntivo, prácticamente inexistente en la lengua común.

Otros rasgos que llaman nuestra atención y que, según los autores, son el efecto de la influencia del Derecho francés, son: el abuso del gerundio, el uso de cláusulas absolutas y de sintagmas nominales largos, así como de construcciones pasivas, sobre todo de la pasiva refleja, con el fin de “ocultar la identidad del agente de la acción con todas las connotaciones que comporta esta ocultación, de despersonalización, generalización, exención de responsabilidad, distanciamiento y estatismo, propios del que sabe que ostenta un poder frente a los ciudadanos” (E. Alcaraz Varó, B. Hughes, 2002: 111). Un caso interesante lo constituye la pasiva refleja mixta (sintética), casi inexistente en la lengua común, que une rasgos de la pasiva refleja y de la pasiva perifrástica con “por”.

2.3. Géneros profesionales

Los juristas, igual que otros grupos de profesionales, elaboraron y establecieron una serie de formatos que facilitan la comunicación práctica en su ámbito laboral. Para clasificarlos, Alcaraz y Hughes utilizan la noción de *género profesional* (o *tipo textual*) entendido como un “conjunto de textos escritos u orales del mundo profesional o académico, ajustados a una serie de convenciones organizativas, formales y estilísticas, que los profesionales de cada especialidad son capaces de producir y de entender sin mayor dificultad dentro de las comunidades epistemológicas o de saberes a las que pertenecen” (2002: 126).

Dentro del español jurídico distinguen los géneros escritos, tales como la ley, el contrato, la sentencia, el auto, la partida de nacimiento, o las conclusiones provisionales del fiscal; y los orales, p.ej.: la prueba testifical o las intervenciones de los abogados ante los tribunales. En cuanto a los géneros judiciales, los dividen en tres grupos según el criterio funcional:

- de contenido jurisdiccional (p.ej. providencia),
- de impulso procesal (p.ej. notificación),
- de auxilio procesal (p.ej. exhorto) (E. Alcaraz Varó, B. Hughes, 2002: 126).

Al caracterizar los tipos textuales jurídicos, los autores arriba citados toman en consideración las propiedades discursivas de los textos, sobre todo la modalidad discursiva predominante, así como los rasgos léxico-sintácticos y la macroestructura. Sin embargo, como podemos constatar, todas ellas están subordinadas a la función.

La propuesta de Enrique Alcaraz Varó y Brian Hughes aporta, sin duda alguna, una característica amplia, exhaustiva y multiaspectual del lenguaje jurídico español. Los autores se enfocan en los rasgos formales, considerándolos como consecuencia de las tendencias estilísticas de arcaización, despersonalización, estereotipación del lenguaje jurídico español, así como de la función que desempeñan los textos del Derecho. En su trabajo toman en cuenta también los aspectos traductológicos, comparando algunas estructuras, sobre todo léxicas, con las del inglés o francés. Su actitud metodológica puede ser considerada representativa para la jurilingüística española.

3. Dimensión cultural del lenguaje jurídico

Como se ha mencionado ya, la propuesta de Enrique Alcaraz Varó y Brian Hughes se enfoca en los rasgos formales del lenguaje jurídico español. Nosotros queremos proponer una perspectiva inversa, conforme a los presupuestos de la lingüística cognitiva y cultural según la cual la estructura de la lengua está determinada por el nivel semántico (compárese J. Wilk-Racięska, 2009). Dicho enfoque permite unir las perspectivas jurídica y filológica en los estudios del tema.

El hecho de que los profesionales del Derecho presten tanta atención al tema de la lengua parece confirmar la tesis de que el lenguaje jurídico tiene un estatus particular entre las lenguas de especialidad. Es así porque el Derecho mismo se crea y existe a través de la lengua. Dicho de manera más directa, si, por ejemplo, la medicina o la técnica pudieran existir y desarrollarse sin lenguaje (suponiendo hipotéticamente que la comunicación y transmisión de conocimientos entre profesionales no sea imprescindible para su avance), en el caso del Derecho esta situación sería imposible.

La constatación de cierto vínculo entre la lengua y el Derecho no es nada nueva; la idea tiene una larga tradición en la literatura del tema: por ejemplo, los representantes de la Escuela Histórica del Derecho alemana consideraban el Derecho y la lengua como dos emanaciones básicas del espíritu del pueblo, recurriendo a menudo en la descripción del primero a la metáfora de la segunda.

Hernando Cuadrado, al considerar analogías entre los dos fenómenos, propuso establecer tres niveles de relación y semejanza:

- el Derecho como el lenguaje,
- el Derecho como lenguaje,
- el lenguaje del Derecho (2003: 10).

El primero surge, según él, como consecuencia del uso de la lengua como fuente de ideas y criterios explicativos que se proyectan sobre el Derecho. El segundo encierra la perspectiva semiológica y presenta el Derecho como un sistema de signos regido por ciertas reglas que permiten su interpretación. El tercer nivel enfatiza la dimensión lingüística del Derecho (H. Cuadrado, 2003: 10). Salvo estas analogías, en nuestra

opinión, cabe destacar una característica más: la dimensión cultural de los dos sistemas.

El Derecho, igual que la lengua, existe por y para una sociedad concreta. Este hecho determina la estructura de los dos. Por ejemplo, según la ya mencionada Escuela Histórica, la Nación era una personalidad ideal, emanación de las fuerzas vitales inconscientes y características de la sociedad encerradas en su “espíritu nacional”. Dicho espíritu se reflejaba en los fenómenos culturales básicos, es decir: lengua, derecho, costumbres y estado (F.K. Savigny, 1965: 56). Por consiguiente, los profesionales del Derecho, por sus competencias básicas, eran portavoces de la conciencia nacional jurídica (compárese J. Nowacki, Z. Tobor, 2000: 69).

La dimensión cultural de la lengua, a partir de la famosa tesis del relativismo lingüístico de Sapir y Whorf, también se ha vuelto uno de los pilares de la lingüística moderna. De entre las muchas concepciones constituyentes la lingüística cultural mencionaremos el concepto de visión del mundo, que, a continuación, propondremos aplicar al análisis de los textos jurídicos.

3.1. Concepto de visión del mundo

El concepto de *visión del mundo* tiene una rica tradición en la lingüística alemana (G. Helbig, 1982), sin embargo, en las últimas décadas se incorporó a la investigación lingüística como un término *sensu stricto*. Nosotros nos basaremos en la definición propuesta por Renata Grzegorczykowa, que entiende por ella “un conjunto de regularidades grabadas en las categorías gramaticales (léxicas, morfológicas y sintácticas) y estructuras semántico-lexicales, que reflejan un modo específico de ver el mundo, sus jerarquías y el sistema de valores aceptado por una comunidad lingüística dada” (R. Grzegorczykowa, 2000: 163; traducción de J. Wilk-Racięska). Esta visión queda determinada por varios factores relacionados con las condiciones de vida del ser humano o, mejor dicho, de una sociedad.

La visión del mundo se crea en un proceso intuitivo, colectivo y bastante largo. Según Joanna Wilk-Racięska, se forma en la base ontológi-

ca, es decir, depende de los límites que nos impone el mundo real en que vivimos y, más concretamente, el lugar donde vivimos. Además se crea según el realismo ingenuo, lo que significa que “para formular los fragmentos de las visiones del mundo nos servimos de aquella parte de la información que nos es más familiar y más importante” (J. Wilk-Racięska, 2007: 446). Desde la perspectiva global, no se trata de una visión del mundo sino más bien de visiones del mundo atribuidas a cada lengua o, más bien, a cada sociedad lingüística.

La visión del mundo tiene varias dimensiones. Joanna Wilk-Racięska propone dividir las comunidades socio-lingüísticas en dos sistemas:

- macro: que muestran mayores diferencias (p.ej. la cultura occidental y asiática),
- micro: más pequeñas, dentro de las macro (p.ej. polaca y española) (2007: 446).

Las diferencias en el nivel macro son más fácilmente captables ya que suelen referirse a los conceptos básicos para una cultura dada, p.ej. del sistema filosófico. El nuestro, es decir, occidental, se basa en la tradición aristotélica, y el chino, por ejemplo, en los conceptos de dos fuerzas opuestas y complementarias a la vez: el *Yin* y el *Yang*. Las diferencias del nivel micro están vinculadas al lugar en el que una comunidad vive y a sus condiciones socio-históricas, y se expresan sobre todo en el nivel léxico, en el significado de las palabras.

Juan de Dios Luque Durán (2004: 290) da como ejemplo un pueblo siberiano, los evenki, cuya actividad económica está relacionada casi exclusivamente con los renos. Por eso tienen casi cuarenta términos para denominar los diferentes tipos de renos y muchos otros para indicar sus partes del cuerpo. Así pues tenemos: *avlakan* – reno de un año, *ektana* – reno de dos años, *gerbichen* – reno de dos o tres años, *onkovos* – reno que tiene en el morro manchas de diferentes colores, y *kokchavar* – reno de pezuñas blancas, por indicar solo algunos. Lo que llama en este caso nuestra atención es no solo la gran variedad de denominaciones raras desde el punto de vista de un europeo, sino también los elementos que determinan la estructura interna de su contenido, tales como la edad del animal o, por ejemplo, el color de su morro.

La aceptación de la determinación cultural del Derecho y de la lengua, las analogías entre los dos y, sobre todo, el papel especial del sis-

tema lingüístico en el “ser” del Derecho, influyen de manera esencial en la visión del lenguaje jurídico. Dado que éste forma parte de un lenguaje común (p.ej. español) y, por otro lado, expresa un sistema de normas creado por una sociedad concreta (los españoles), estamos ante una doble determinación cultural: a través de unidades de una lengua natural y por el sistema de normas para la expresión de las cuales se está utilizando (véase A. Nowakowska-Głuszak, 2012). El paso de un nivel a otro permite explicar ciertas modificaciones dentro de la estructura semántica.

En este lugar surge una duda sobre la naturaleza del lenguaje jurídico, que deberíamos aclarar: ¿se trata del sistema lingüístico y de su uso, para hablar de Derecho?, o, dicho en términos saussureanos, ¿de la lengua o del habla? No pretenderemos solucionar en este momento esta cuestión tan interesante y compleja; suponemos, para el objetivo de nuestro estudio, que el lenguaje jurídico forma un subsistema del lenguaje común, ya que ha seleccionado de este algunas reglas y procedimientos a base de los cuales ha elaborado una serie de unidades, que se reflejan en los textos ya creados de manera repetida y regular y que rigen también la redacción de nuevos textos. En este caso no se puede distinguir el sistema de su uso, ni lo semántico de lo pragmático, ya que sin una situación comunicativa específica y, a la vez, estereotipada –lo que se puede observar en las definiciones citadas al principio– ninguna lengua especializada y, sobre todo la jurídica, tendría razón de ser.

Hemos dicho que el lenguaje jurídico forma parte del lenguaje común. En el caso español, sin embargo, las fronteras o, mejor dicho, la naturaleza del vínculo entre ellos, son muy difíciles de explicar, sobre todo cuando partimos del nivel formal. Si delimitamos el lenguaje especializado en términos de vocabulario específico, surgen dudas en cuanto al estatus de los semitecnicismos y del lenguaje general aplicado a los textos del Derecho. ¿Son lenguaje especializado o ya no? Y si tomamos como punto de partida las peculiaridades sintáctico-estilísticas, nos limitaremos en realidad a la caracterización de unos procedimientos lingüísticos generales que pueden aparecer en cualquier tipo de discurso. Y si unimos los dos tipos de rasgos, nos faltará un adhesivo que permita considerarlos un conjunto coherente. De ahí que propongamos buscar los cimientos del lenguaje jurídico en otro lugar, es decir, en su nivel

semántico y, más concretamente, en una visión del mundo peculiar que hemos denominado jurídica.

3.2. La visión jurídica del mundo

La existencia de una visión del mundo específica en el sistema de Derecho y, por consiguiente, en el lenguaje de los textos normativos, es un hecho confirmado intuitivamente por los estudiosos (compárese J. Pieńkos, 1999: 24); sin embargo, hasta ahora no ha sido aprovechado en el análisis. Mientras tanto, su aplicación parece justificada por dos razones: la determinación cultural del sistema jurídico y su forma de existir a través de la lengua.

Proponemos el término *visión jurídica del mundo* basándonos en la propuesta de la lingüística cultural arriba presentada. Dicha visión forma, en nuestra opinión, la base del lenguaje del Derecho: lo determina y, a la vez, se expresa mediante sus elementos, igual que la visión general del mundo por el lenguaje de una comunidad socio-lingüística (véase A. Nowakowska-Głuszak, en prensa). La visión jurídica del mundo está subordinada a la visión general del mundo y se basa en la categorización especial de la realidad, influida por una disciplina profesional concreta; forma parte y es el resultado de los conocimientos profesionales. Dicho de otra manera, el sistema jurídico antepone a la lengua natural un marco seleccionando las estructuras semántico-sintácticas que mejor expresen sus categorías. El lugar central en dicha visión lo ocupa el concepto de *norma jurídica*.

4. Categoría de norma jurídica

La norma jurídica es la razón principal de la reflexión de los juristas sobre el lenguaje jurídico: su labor consiste en llegar a la norma (en el caso de los jueces, también en aplicarla) y descodificarla a través de los signos lingüísticos usados en las disposiciones legales. Es así porque, en

el significado moderno, el Derecho es un conjunto de normas y no de textos normativos: las disposiciones son solamente medios técnicos que permiten su expresión (J. Nowacki, Z. Tobor, 2000: 67).

El Derecho es fundamentalmente un instrumento ordenador de la convivencia social y, por tanto, se estructura en base a un conjunto de reglas que tratan de dar solución a diversos conflictos sociales. Tales reglas, por su carácter, son denominadas normas jurídicas para distinguirlas así de otros tipos de reglas de conducta que caen fuera del mundo del Derecho (p.ej. reglas de cortesía) (C. Lasarte, 2009: 43).

4.1. Perspectiva jurídica

Según la definición clásica del profesor de Castro, la norma jurídica es un “mandato jurídico con eficacia social organizadora” (en: C. Lasarte, 2009). García Amigo lo define como un “precepto regulador de la conducta de los ciudadanos de carácter obligatorio y coercible, inspirado en un criterio de justicia” (en: C. Lasarte, 2009).

Entre sus características básicas, quizás la más importante es su coercibilidad, lo que significa que la falta de observancia o respeto a las normas jurídicas puede originar su imposición por fuerza, conforme a la ley (C. Lasarte, 2009: 43). Esta característica no la tiene ninguna otra norma. Además de la coercibilidad podemos enumerar también: la obligatoriedad para todos los ciudadanos, la coactividad –lo que significa que su observancia puede ser impuesta por fuerza a quienes se resisten a aceptarla (J.L. Lacruz Bardejo, 2008: 27)–, así como su emanación de las instituciones o grupos sociales legitimados para ello (p.ej. de las Cortes Generales españolas).

Dichos rasgos influyen en el modo de expresar las normas. Como señala Carlos Lasarte, han de ser formuladas de forma general y abstracta. La generalidad significa que la norma no está dirigida a una persona concreta y determinada, sino a una serie de personas o a toda la colectividad; la abstracción, que la norma no puede contemplar el supuesto de hecho concreto, sino un supuesto tipo que permita su adecuación a una serie hipotética y pormenorizada de supuestos de hecho (C. Lasarte, 2009). Añade Lacruz Bardejo: “por falta de abstracción y generali-

dad, no son normas en sentido estricto las que contienen disposiciones relativas a una persona concreta” (2008: 27).

Desde el punto de vista semántico, la norma jurídica tiene una estructura fija que consiste en supuesto de hecho, llamado también supuesto normativo, y consecuencia jurídica, por lo que podríamos presentarla de forma esquemática siguiente: *Si A, debe ser B*.

El supuesto de hecho, siempre de carácter hipotético, es una situación fáctica a la que está dirigida la norma; puede ser un acto humano (p.ej. matrimonio), hecho natural (mutación del cauce de un río) u otra situación. La consecuencia jurídica es un mandato o precepto (prohibitivo o permisivo) referido a dicha realidad; lo que debe ser (C. Lasarte, 2009: 44).

El hecho de que la norma jurídica tenga una estructura fija, no significa que su realización superficial, es decir, las disposiciones legales, sean todas iguales. Según el grado de completitud de la norma expresada se dividen en autónomas (completas) y fragmentarias (incompletas, auxiliares), que requieren ser combinadas con otras del mismo carácter o con disposiciones completas a las que están referidas (C. Lasarte, 2009: 44). Sin embargo, podemos observar ciertas regularidades en el nivel formal que nos permiten hablar del lenguaje del Derecho especial.

Como ya hemos mencionado, los juristas necesitan la lengua para llegar a las normas, pero, en el caso de los legisladores, también para codificarlas. Para ello deben seguir dos tipos de reglas: las propias para una lengua natural concreta (p.ej. español) y las, diríamos, institucionales, encerradas en los mismo textos normativos. Por ejemplo, en Polonia, en el par. 7 del Reglamento del Presidente del Consejo de Ministros polaco, Principios de Técnica Legislativa (A. Malinowski, 2008: 189), leemos que las frases en la ley deben ser redactadas conforme a las reglas sintácticas generales de la lengua polaca; y el art. 3 del Código Civil español confirma: “las normas se interpretarán según el sentido propio de sus palabras”. Pero en el mismo artículo leemos también: “[...] en relación con el contexto, los antecedentes históricos y legislativos, y la realidad social del tiempo en que han de ser aplicadas, atendiendo fundamentalmente al espíritu y finalidad de aquellas”.

La cuestión de la interpretación jurídica es muy interesante, pero siendo conscientes de su gran complejidad y por limitaciones espacia-

les del presente texto no la vamos a abarcar aquí; subrayaremos solamente dos cuestiones dando la palabra a los juristas: “Lo que interesa al jurista, cuando interpreta una ley, es su significado” (N. Bobbio, 1991: 57); “Entendemos por interpretación jurídica un conjunto de actividades dirigidas hacia establecer el significado y el alcance de las expresiones del lenguaje jurídico” (J. Nowacki, Z. Tobor, 2000: 218). Dicha interpretación se lleva a cabo a partir de ciertas directivas interpretativas: lingüísticas y extralingüísticas (J. Nowacki, Z. Tobor, 2000: 218).

Las reflexiones de juristas sobre la naturaleza del lenguaje jurídico, como podemos constatar, se alejan de manera visible de los objetivos de una investigación filológica y, en su mayoría, no responden a las preguntas básicas sobre la naturaleza de este. Margarita Hernando de Larramendi lo constata de manera todavía más directa:

El español jurídico, en España, ha sido estudiado casi exclusivamente por profesionales del Derecho, con una perspectiva crítica sobre los vicios que dificultan su inteligibilidad y utilización. La mayor parte de las descripciones existentes, hechas por juristas, tienen este carácter de *mea culpa* y se detienen poco en una caracterización interesante desde el punto de vista de su enseñanza como segunda lengua (2001: 2).

Sin embargo, a nuestro juicio, no se deben ignorar algunos de sus logros.

4.2. Perspectiva lingüística

Aunque queremos liberar nuestro estudio del imperio de los especialistas en Derecho, partiremos de la propuesta de un jurista polaco, Andrzej Malinowski. Este autor, en su estudio sobre aspectos lógico-lingüísticos de la redacción del texto normativo (2008), abarca el tema de la estructura lingüística de la norma. La cuestión nos parece especialmente interesante ya que consideramos que la norma jurídica, siendo la categoría central de la visión del mundo jurídica y, por consiguiente, estructura semántica constitutiva de los textos del Derecho, determina el nivel formal de estos.

Malinowski, siguiendo a Maciej Zieliński (2002), constata que la norma puede ser codificada en términos de un deber o de una cuasi descripción. El primer caso lo constituyen los siguientes elementos sintácticos: destinatario (sujeto normativo) + situación + obligación/prohibición + conducta. La estructura cuasi descriptiva se reduce a: destinatario + situación + conducta (A. Malinowski, 2008: 11). Después analiza la realización de estos elementos desde la perspectiva de la lengua polaca (A. Malinowski, 2008: 84 y ss.).

La constatación de que la lengua jurídica expresa elementos de la norma jurídica nos parece esencial para la descripción de esta, sobre todo en el nivel sintáctico; sin embargo queremos dar un paso más y proponer un método de análisis basado en los presupuestos de la lingüística cultural.

5. Perspectiva de la lingüística cultural

Antes de presentar nuestra propuesta e ilustrarla en el contexto de uso del artículo, recojamos las conclusiones que ya hemos sacado. El lenguaje jurídico forma parte de una lengua natural concreta y, desde la perspectiva tradicional, se distingue por su vocabulario y ciertas propiedades sintáctico-estilísticas; existe a través de los textos normativos. Aunque el lenguaje jurídico pertenece a las lenguas de especialidad, tiene entre ellas una posición particular, ya que es la única forma por la que el Derecho puede expresarse, por lo que en la literatura del tema se destacan varias analogías entre los dos sistemas, por ejemplo, el hecho de que ambos son hechos materiales de una cultura. En consecuencia, en el lenguaje jurídico podemos observar dos niveles de determinación cultural: el primero resulta del uso del lenguaje natural para expresar leyes, el segundo surge del propio contenido de estas leyes. Si suponemos, conforme a los presupuestos de la lingüística cultural, que la estructura de cualquier lenguaje natural queda determinada por una visión del mundo específica, en el caso del lenguaje del Derecho observaremos una cierta superposición del sistema jurídico a ella; en consecuencia se

crea una serie de categorías específicas que, en nuestra opinión, fundan una visión del mundo nueva: la jurídica. Dicha visión determina la estructura del lenguaje jurídico y debe constituir el punto de partida en su descripción.

La propuesta de la visión jurídica del mundo cambia la perspectiva de estudio del lenguaje jurídico español, ya que se enfoca en el nivel semántico de este. Salvo incluir el elemento cultural, permite evitar ciertos problemas surgidos por la confusión de los puntos de vista: jurídico y filológico. Como hemos intentado mostrar, los dos no pueden ser tratados como equiparables ya que sus objetivos y, por consiguiente, sus herramientas, son diferentes. En el primer caso, la lengua es solo un medio para llegar a lo esencial: encontrar el significado será para un jurista aplicar una norma adecuada a un caso concreto. Para el filólogo, la lengua es el objeto mismo de estudio: si sale fuera de ella, lo hace para entenderla mejor.

La visión jurídica del mundo sería entonces una estructura conceptual coherente surgida de la imposición del marco de un sistema jurídico a una lengua natural concreta. No podemos identificarla con el sistema mismo, ya que no todas sus categorías tienen importancia y, por consiguiente, un reflejo en el nivel superficial. La visión del mundo jurídica sería más bien un filtro por el cual las categorías semánticas propias del Derecho se anteponen a las estructuras lingüísticas. Y la más importante entre ellas es la norma jurídica.

6. Enfoque práctico

Veamos entonces una pequeña muestra de cómo se puede aprovechar la concepción presentada en la práctica. Para ilustrarlo hemos escogido el problema de distribución del artículo en el Código Civil español.

Como bien se sabe, el artículo es uno de los problemas claves para los usuarios no nativos de la lengua de Cervantes y, aunque en la literatura lingüística general, tanto teórica como práctica (manuales, libros de texto, etc.), se le han dedicado muchas páginas, los investigadores del

lenguaje jurídico no le prestan tanta atención. Por ejemplo, Hernando Cuadrado, al describir rasgos del nivel morfosintáctico del español jurídico constata: “el artículo [definido] con frecuencia aporta un valor genérico al introducir sustantivos que no se pretenden concretar en personas individuales o en cosas precisas” (2003: 15) y “con el determinante indefinido ‘un’, en concurrencia con el verbo en futuro imperfecto de indicativo, en ocasiones, se señala, que el referente del sintagma o grupo sintagmático nominal que encabeza no existe en el momento en el que se formula el enunciado oracional correspondiente pero no existirá en el futuro” (2003: 15–16). La explicación que propone, por ser muy general, no despeja todas las dudas que tenga un no nativo a la hora de seleccionar el artículo, por ejemplo, en los siguientes párrafos del Código Civil:

..... extranjero menor de dieciocho años adoptado por un español adquiere, desde la adopción, la nacionalidad española de origen. (Art. 19)

..... hijo, al alcanzar la mayor edad, podrá solicitar que se altere el orden de los apellidos. (Art. 109)

..... menor no emancipado ejercerá la patria potestad sobre sus hijos con la asistencia de sus padres y, a falta de ambos, de su tutor; en casos de desacuerdo o imposibilidad, con la del Juez. (Art. 157)

Si usuario consumiera todos los frutos de la cosa ajena, o el que tuviere derecho de habitación ocupara toda la casa, estará obligado a los gastos de cultivo, a los reparos ordinarios de conservación y al pago de las contribuciones, del mismo modo que el usufructuario. (Art. 527)

De ahí que propongamos tratar el tema de manera diferente.

Tradicionalmente, el artículo se incluye en la clase léxica de determinantes en español e, igual que otros determinantes, restringe y define la referencia de los SSNN. Permite también “conectar la información léxica contenida en el SN con la información contextual que los hablantes emplean para construir la interpretación de los enunciados” (I. Bosque, V. Demonte, 1999: 789). Su significado o, mejor dicho, su uso, tradicionalmente suele definirse a través de dos nociones: la de “información consabida o conocida” y la de “unicidad”, que tiene sus raíces en la teoría de las descripciones definidas, de Bertrand Russell (1905).

Janusz Pawlik en su *Selección de problemas de gramática española* observa que “esta unidad lingüística indica primeramente la determinación o indeterminación, y sólo secundariamente el caso, el número y el género gramatical de un sustantivo”, añadiendo que “últimamente se apunta que el valor común del artículo, tanto definido como indefinido, es la actualización de un sustantivo que sin él representa sólo un concepto virtual” (2001: 47). Por consiguiente, resume las reglas del uso del artículo en la lengua española según el tipo de referencia del SN, su estructura interna y la función que cumple en una oración.

Dado que el libro de Janusz Pawlik, como el mismo autor subraya en la “Nota introductoria” (J. Pawlik, 2001: 11), pretende ofrecer una ayuda didáctica en la gramática descriptiva y la gramática práctica a los estudiantes polacos, aprovecharemos algunos elementos de su reflexión como una muestra de según qué criterios se selecciona uno u otro artículo teniendo en cuenta los artículos arriba citados.

Según el hispanista polaco, en los SSNN cuyo núcleo está constituido por un sustantivo contable con referencia genérica puede utilizarse tanto el artículo definido (AD) como el indefinido (AI), aunque a veces la selección de uno u otro determinante provoca ciertos cambios semánticos. Generalmente, “el AI es aplicable cuando el SN se refiere a cada una de las individualidades de una clase [...]. En contrapartida, si se habla más del conjunto y menos de cada cual de sus integrantes en particular, conviene poner el AD” (J. Pawlik, 2001: 56). Además, en las sentencias de carácter normativo moral se prefiere el AI genérico, aunque en las construcciones que contienen predicados modales, igual que en otras lenguas europeas, puede utilizarse el AD (p.ej. *Un/el piloto debe ser valiente.*) (J. Pawlik, 2001: 56).

En los SSNN con referencia no genérica, el artículo cumple la función del actualizador, indicando su determinación e indeterminación: “el sustantivo determinado [...] señala que su referente ha de ser conocido por quien habla y por quien escucha [...] mientras que la indeterminación puede referirse a los objetos no consabidos por el oyente” (J. Pawlik, 2001: 78).

El autor explica también que en los SN simples en posición del sujeto, el AD designa algunos representantes indefinidos del género entero

y cuando le añadimos un complemento se admite la supresión del AD sin cambio de referencia (J. Pawlik, 2001: 86).

La propuesta de Janusz Pawlik, presentada aquí de manera muy breve y, por el carácter del presente texto, de modo parcial, demuestra, en nuestra opinión, que las categorías generales aplicables a la descripción del funcionamiento de las unidades lingüísticas, no resuelven de manera unívoca la cuestión aquí planteada. De ahí que propongamos mirar el problema desde una perspectiva nueva aprovechando el concepto de visión del mundo.

Ahora bien, las categorías por medio de las cuales se define la distribución del artículo español forman el punto de partida, la base, de la descripción que proponemos ya que, como se ha mencionado, el lenguaje jurídico se ubica dentro de la lengua común. Sin embargo, como se trata del registro especializado del Derecho, y este impone cierto marco a la lengua en los textos jurídicos, tenemos que incorporar a la descripción lingüística algunas categorías constituyentes de la visión del mundo jurídica. Según nuestras observaciones, para el uso del artículo, el papel decisivo lo desempeña el lugar que ocupa un sintagma nominal dentro de la estructura semántica de la norma, o sea, cuál de sus elementos (o su parte) determina. Dicho de otra manera, el primer paso en el análisis de la distribución del artículo en los textos normativos españoles será la identificación del SN como una de las siguientes categorías: sujeto normativo, situación, obligación/prohibición o conducta. Nosotros nos enfocaremos en la primera.

Los sujetos normativos son “los destinatarios de las normas, a quienes van dirigidas y están obligados a su cumplimiento, pudiendo ser normas generales, cuando se dirigen a un espectro amplio de la población, o individuales, cuando se dirigen a uno en concreto. Estas últimas tienen un estatuto normativo hartamente problemático” (J. Martínez de Pisón Cervero, 1995: 129). En el caso del Código Civil podemos hablar solamente de normas generales.

Conforme al análisis del Código español que hemos llevado a cabo, entre las estructuras semántico-sintácticas propias para el sujeto normativo predomina la estructura con artículo definido en diferentes configuraciones (más: nombre sustantivo general, en singular o plural; nombre + adjetivo(s); (nombre) + frase relativa). No hemos observado

estructuras con artículo indefinido, salvo los ejemplos de parejas obvios, como padres o cónyuges, cuando se habla de uno de ellos.

Dado que, conforme a la teoría del Derecho, la norma jurídica tiene por naturaleza carácter general y abstracto, y no puede referirse a personas concretas (compárense las definiciones arriba citadas), queda excluida de su descripción la categoría de referencia, a no ser que se trate de la referencia genérica.

La naturaleza de la norma jurídica permite identificar el concepto de sujeto normativo como una entidad general, cuyos rasgos definitorios están inscritos en la estructura semántica del término que la representa. Dicha generalidad se realiza en el nivel sintáctico. Como ni la intención, ni el deber del lingüista es averiguar si una persona concreta pertenece a una u otra categoría de sujeto normativo (esta es la labor del jurista o del juez que tiene que juzgar una causa concreta), puede enfocarse en lo propio de la lengua. De ahí que para solucionar el problema del artículo, conforme a la hipótesis de la determinación semántico-cultural de las estructuras lingüísticas, decidamos aprovechar la teoría de gramática con base semántica de Stanisław Karolak, desarrollada en el ámbito de la lengua española por Joanna Wilk-Racięska. El elemento cultural consistirá en la incorporación al estudio de unas categorías nuevas, propias de la visión jurídica del mundo.

Según Stanisław Karolak, el artículo no tiene valor semántico, funciona más bien como un reflejo de este en la estructura del SN. Su distribución está regida por la regla de compleción/incompleción y el valor del contexto predicativo exterior. Si este contexto tiene carácter actual, se trata de valor específico; en el caso del contexto atemporal hablaremos del valor genérico.

La oposición genericidad/especificidad no es una oposición de los tipos semánticos de los SSNN, sino de los usos de estos sintagmas, lo que significa que la oposición concierne a los contextos predicativos externos en los que se sitúan los SSNN en cuestión. De esto resulta que, tanto el valor genérico, como el específico, son contextuales, dependiendo de la distribución de los SSNN: un SN situado en un contexto atemporal, potencial, está dotado de un valor genérico (S. Karolak, 1990: 385; trad. de J. Wilk-Racięska, 1995: 14).

Dado que la norma jurídica, por excelencia, tiene valor abstracto, podemos concluir que, en términos de Stanisław Karolak, el contexto predicativo exterior de cualquiera de sus elementos es atemporal, por lo que el artículo definido de los SSNN en cuestión queda seleccionado por cumplir la función genérica. Dicho de otra manera, el determinante indica que la norma de comportamiento se refiere a todos los ejemplares que posean las características encerradas en la estructura semántica del SN. De este modo, el artículo definido cumple la función semántica jurídica en el sentido de que, al indicar la intención genérica del SN usado en función del sujeto de la norma, expresa el carácter general de esta. Por eso, para los artículos arriba citados debemos seleccionar “el”.

7. Conclusiones

El análisis que acabamos de realizar nos sirve como una breve muestra de aplicación de la metodología basada en la lingüística cultural al estudio del lenguaje jurídico: queríamos mostrar cómo pueden incorporarse a la descripción filológica categorías propias del Derecho (norma jurídica, sujeto normativo). Nos centramos en el nivel sintáctico, sin embargo, a nuestro juicio, esta metodología sería también eficaz en el nivel semántico, sobre todo, en el contexto del problema de coherencia y de relaciones taxonómicas dentro del léxico especializado.

Desde la perspectiva macro, para aprovechar la terminología de Joanna Wilk-Racięska, los resultados del análisis basado en los presupuestos arriba presentados permiten aplicar un nuevo punto de vista a la enseñanza del lenguaje jurídico y su traducción; buscar respuestas a las preguntas por el lugar y el estatus de los conocimientos del Derecho en la competencia traductora y por el problema de equivalencia en la traducción de textos normativos.

Y desde el punto de vista universal, general, podemos constatar que cualquier cambio de perspectiva es útil y fructífero; es como subir un escalón más en la escalera científica y mirar de nuevo, desde una pers-

pectiva más amplia, el objeto de estudio y su entorno. Dicho avance sería imposible sin pasar los escalones inferiores. Por otro lado, un investigador debe ser consciente de que el último escalón que haya alcanzado, será solo uno más para los sucesores. La ciencia es como la torre de Babel. Los estudiosos de las lenguas lo saben mejor que nadie.

Bibliografía

- Alcaraz Varó E., Hughes B., 2002: *El español jurídico*. Barcelona, Ariel.
- Bayo Delgado J., 2001: "El lenguaje forense: estructura y estilo". En: *Lenguaje forense*. Madrid, Consejo General del Poder Judicial.
- Bobbio N., 1991: *Contribución a la Teoría del Derecho*. Valencia, Fernando Torres S.A.
- Bosque I., Demonte V., 1999: *Gramática descriptiva de la lengua española*. Tomo 2. Madrid, Real Academia Española, Espasa.
- Cabré M.T., 1993: *La terminología*. Barcelona, Antártida.
- Cabré M.T., Gómez de Enterría J., 2006: *La enseñanza de los lenguajes de especialidad. La simulación global*. Madrid, Gredos.
- Código Civil. En: www.noticias.juridicas.com [fecha de la consulta: 12.08.2011].
- Gómez de Enterría Sánchez J., 2009: *El español lengua de especialidad: enseñanza y aprendizaje*. Madrid, Arco/Libros, S.L.
- Grzegorzczukowa R., 2001: *Wprowadzenie do semantyki językoznawczej*. Warszawa, Wydawnictwo Naukowe PWN.
- Henríquez Salido M^a C., Paula Pombar de M^a N., 1998: *Prefijación, composición y parasíntesis en el léxico de la jurisprudencia y de la legislación*. Vigo, Universidad de Vigo.
- Hernández Gil A., 1986: *La literatura entre paréntesis*. Granada, Colegio Máximo de Cartuja.
- Hernando Cuadrado A.L., 2003: *El lenguaje jurídico*. Madrid, Verbum.
- Hernando de Larramendi M., 2001: "Propuesta de estructuración y clasificación del léxico jurídico para su enseñanza en E/LE". En: <http://www.ub.edu/filhis/culture/llarramen.html> [fecha de la consulta: 12.08.2011].
- Karolak S., 1990: *Kwantyfikacja a determinacja w językach naturalnych*. Warszawa, PWN.
- Lacruz Bardejo J.L., 2008: *Nociones de Derecho Civil Patrimonial e Introducción al Derecho*. Madrid, Dykinson.
- Lasarte C., 2009: *Curso de derecho civil patrimonial. Introducción al derecho*. Madrid, Tecnos.

- Lázaro Carreter F., 2001: "Desde el proscenio". En: *El País*, 1 de julio, 17.
- Luque Durán J.D., 2004: *Aspectos universales y particulares del léxico de las lenguas del mundo*. Granada, Impredisur S.L.
- Malinowski A., 2008: *Redagowanie tekstu prawnego. Wybrane wskazania logiczno-językowe*. Warszawa, LexisNexis.
- Martínez de Pisón Cervero J., 1995: *Curso de teoría del derecho*. Logroño, Universidad de La Rioja.
- Mounin G., 1979: "La linguistique comme science auxiliaire dans les disciplines juridiques". En: *Meta*, 1, vol. 24, 95–102.
- Nowacki J., Tobor Z., 2000: *Wstęp do prawoznawstwa*. Kraków, Zakamycze.
- Nowakowska-Głuszak A., 2011: "Aplicación de la noción de visión del mundo en el análisis del lenguaje jurídico". En: *Anuario de la Facultad de Derecho de la Universidad de Extremadura*, 29, 631–644.
- Nowakowska-Głuszak A., 2012: "Między normą prawa a normą języka: zastosowanie narzędzi językoznawstwa kulturowego w analizie tekstów prawnych". En: Piotrowska M., Dybiec-Gajer J., eds.: *Przekład – teoria, terminy, terminologia*. Serie: *Język trzeciego tysiąclecia* 30. Kraków, Tertium, 171–178.
- Pawlik J., 2001: *Selección de problemas de gramática española*. Poznań. Wydawnictwo UAM.
- Petrażycki L., 1959: *Teoria prawa i państwa w związku z teorią moralności*. Warszawa, PWN.
- Pieńkos J., 1999: *Podstawy juryslingwistyki. Język w prawie – prawo w języku*. Warszawa, Muza S.A.
- Russell B., 1905: "On Denoting". En: *Mind*, 14, 479–493.
- Russo E.A., Moguillanes Mendía A.C., Haydeé Mas A., 2007: *La lengua del Derecho. Introducción a la lingüística y a la hermenéutica jurídica*. Buenos Aires, Editorial Estudio.
- Saussure de F., 1945: *Curso de lingüística general*. Buenos Aires, Losada.
- Savigny F.K., 1965: *O powołaniu naszych czasów do ustawodawstwa i nauki*. Warszawa, PWN.
- Wilk-Racińska J., 1995: *El artículo y la genericidad a la castellana*. Katowice, Wydawnictwo Uniwersytetu Śląskiego.
- Wilk-Racińska J., 2007: "Nuestro mundo, nuestras visiones del mundo y las lenguas que lo describen todo...". En: *Anuario de Estudios Filológicos*, 30, 439–453.
- Wilk-Racińska J., 2009: *Od wizji świata do opisu językoznawczego w kategoriach lingwistyki kulturowej*. Katowice, Wydawnictwo Uniwersytetu Śląskiego.
- Wróblewski B., 1948: *Język prawny i prawniczy*. Kraków, Polska Akademia Umiejętności.
- Zieliński M., 1972: *Interpretacja jako proces dekodowania tekstu prawnego*. Poznań, Wydawnictwo UAM.
- Zieliński M., 2002: *Wykładnia prawa. Zasady. Reguły. Wskazówki*. Warszawa, LexisNexis.